

na y de la variada y deslumbrante tonalidad de los levisimos trajes femeniles. El enorme patio de butacas todavía se prolonga tras el lugar de la orquesta hasta el fondo del grandioso escenario. Dirige el maestro Victor de Sabata una masa orquestal de ciento cincuenta ejecutantes.

En la penumbra y rodeada de un silencio solemne, la faja de la Orquesta, esmaltada de luciérnagas, comienza a resonar. Recita César Frank con su característica robustez de inspiración y de técnica, la *ballata di Burger* que informa el pensamiento de «*Le chausseur maudit*», de aquel terrible Conde del Reno que después de interrumpir con el maldito sonido de su *cornu* el *gioioso* sonar de la *campanella* y el eco de los cantos religiosos, es *eternamente votato all' inferno*.

Canta después la Orquesta, interpretando maravillosamente, la Sinfonía en mi bemol que escribió el mago Borodine con dejes schumaniannos. Pero donde la masa orquestal alcanza el pleno imperio de su potencialidad es en la ejecución de la Impresión Sinfónica de Ottorino Respighi, titulada «*Vetrate di chiesa*». En el cuadro final *Beneditti il Signore*, la justeza y la sonoridad alcanza grados tales que el ánimo se sobrecoje y espanta ante la sublime grandeza del conjunto.

Sin embargo, mi sentimentalidad artística,

